

(Transcripción)

Rocca di Papa, 5 de mayo de 1981

La voluntad de Dios según la espiritualidad del Movimiento de los Focolares

Chiara Lubich en un congreso ecuménico (2ª parte)

[...]

Nosotros nos fijábamos en Jesús. Le queríamos imitar no tanto en las formas exteriores, como por ejemplo en la flagelación o en el andar sin alforjas; queríamos hacer, como Él, la voluntad de Dios.

También veíamos a los santos de esta manera, desde esta perspectiva; no había que imitarlos pedestremente: si el santo ha hecho esto, yo también tengo que hacer esto. ¡No! Como ellos, teníamos que hacer la voluntad de Dios. ¡Y qué diferentes eran los santos entre sí, pero qué idénticos a la hora de hacer todos la voluntad de Dios!

Recuerdo que para nosotros, en aquellos tiempos, hacer la voluntad de Dios era todo nuestro Ideal, todo. Sí; estaba la consagración a Dios, algunos se consagraban a Dios, otros no, y era importante, pero importaba más la voluntad de Dios. Hacer la voluntad de Dios era la norma que nos unía a todos entre nosotros, en fraternidad entre nosotros, en fraternidad con Jesús y en filiación con el Padre.

Y ¿quién nos manifestaba la voluntad de Dios?

Sobre todo, la encontrábamos en la espiritualidad que se estaba formando, que estaba naciendo. Muy pronto comprendimos que existía una voluntad de Dios especial que le era particularmente grata a Jesús; era el mandamiento nuevo para los tiempos nuevos.

Para nosotros era voluntad de Dios poner en práctica, sobre todo, ese mandamiento: “Amaos mutuamente como yo os he amado”. Y fue para cumplir ese imperativo, que era voluntad de Dios, por lo que hicimos un pacto entre nosotras, focolarinas. Nosotras, las primeras focolarinas, mirándonos a los ojos –como ya sabéis- nos dijimos unas a otras: “Estoy dispuesta a morir por ti; yo por ti, yo por ti, yo por ti.” La voluntad de Dios. Todas por cada una.

También el amor a Jesús crucificado y abandonado, a Jesús en su máximo dolor, cuando grita: “Dios mío, Dios mío ¿porqué me has abandonado?” (Mt 27, 46) estaba en función de aquel mandato: “Igual que yo os he amado, amaos también entre vosotros” (cf Jn 13, 34). Había que amarse recíprocamente como Jesús nos amó, con esa medida.

Y era ese mandato vivido –el mandamiento nuevo- el que realizaba plenamente la unidad querida por Jesús y permitía que pusiésemos a Jesús en medio de nosotras. [...] Para poner en práctica bien ese mandato era por lo que se vivían también todas las demás palabras del Evangelio. Dios nos había concentrado sobre eso, sobre el mandamiento nuevo, y con ello, cada vez éramos más conscientes, Dios nos había revelado el corazón del cristianismo.

Pero también los mandamientos de Dios nos manifestaban la voluntad de Dios. Ésta se nos manifestaba además en los preceptos de la Iglesia, en los superiores, por ejemplo, a través de los deberes de nuestro estado y por los signos de los tiempos. Incluso las propias leyes civiles eran voluntad de Dios para nosotras. E igualmente las circunstancias alegres, dolorosas o indiferentes.

Y además teníamos una brújula para centrar la voluntad de Dios: era la voz dentro de nosotras, la voz del Espíritu. Decíamos: “¡Escucha esa voz!” ésta era una de nuestras exhortaciones. Nos acostumbramos a escuchar esa voz para conocer bien la voluntad de Dios.

Más tarde comprendimos uno de los motivos por los que Dios fundó el focolar, que se puede vivir en todas partes, incluso en las familias, incluso en los conventos, en todas partes. En el focolar estamos,

por decirlo de alguna manera, entre dos fuegos: Jesús dentro de nosotros y Jesús en medio de nosotros. Y sentimos que Jesús en medio de nosotros es como el altavoz que aumenta la voz de Jesús dentro de nosotros y nos hace descubrir mejor la voluntad de Dios sobre nosotros. Y éste es también el pensamiento de san Pablo, que dice que para comprender bien la voluntad de Dios hay que estar injertado en una comunidad cristiana, donde vive Jesús, en Filipenses (cf *Fil* 1, 9-10).

Durante los primeros tiempos del Movimiento la vida podía faltarnos de un momento al otro, porque no estábamos bien protegidas de los bombardeos. Y al preguntarnos: “¿Cuándo debemos hacer la voluntad de Dios?”, la respuesta se hizo clara de inmediato: “Ahora, porque no sabes si tienes un después, porque puedes morir de un momento a otro.”

El único tiempo que teníamos de verdad en nuestras manos era el presente. El pasado ya había transcurrido, el futuro no se sabía; por lo tanto, había que concentrarse en el presente. Viviendo el presente el futuro se haría presente en su momento y así llegaríamos al final de la vida. Poníamos el ejemplo del tren, y decíamos: cuando un pasajero toma un tren para llegar a un destino, no se recorre el tren de arriba a abajo para llegar antes ¡no! Está quieto en el tren y llega. De igual manera nosotros debemos vivir bien el momento presente, porque el tren del tiempo camina por sí mismo y nos lleva al momento del que depende la eternidad. Y presente tras presente llegaremos.

Y lo que es maravilloso es esto – que lo podemos vivir incluso ahora, esto es maravilloso, porque incluso ahora podemos amar a Dios con todo el corazón, ¡esto es maravilloso!- y lo maravilloso es que amando la voluntad de Dios en el presente, ahora, con todo el corazón, toda el alma, todas las fuerzas, [...], en todo momento de nuestra vida habremos podido amar a Dios siempre haciendo su voluntad, amarlo, que es la aspiración de nuestra vida. ¿Qué hay que hacer para amarlo ¿Cómo se hace? Haz la voluntad de Dios en el momento presente..., todo el corazón, toda el alma... y amarás a Dios con todo el corazón, toda el alma: ¡es una maravilla! ¿No sentís que es una maravilla? (Aplausos)

(...)

Para representarnos nuestro Ideal teníamos siempre delante de nosotros la figura del sol con los rayos. Cada uno de nosotros tenía que caminar en la vida, en los momentos que se sucedían, sobre un rayo diferente, distinto del rayo del hermano porque la voluntad de Dios sobre mí no es como la suya, no como la suya, no como... etc.; pero siempre sobre el rayo del sol, en la voluntad de Dios. Entonces todos hacíamos una sola voluntad: la de Dios, pero era diferente para cada uno. De esta forma cada uno se sentía, por la única voluntad que nos unía entre nosotros, uno con Jesús, uno con el Padre y uno con el hermano.

Y como los rayos son de sol- son de sol los rayos- pero también son uno con el sol, son el sol, observábamos que la voluntad de Dios y Dios coincidían. Amando su voluntad se amaba verdaderamente a Dios.

Era necesario caminar siempre en ese rayo, ser siempre iluminados por él, permanecer constantemente en la voluntad de Dios, en el momento presente. Y para lograrlo, a veces era necesaria violencia, es decir,... por nuestra parte, violencia: hacer callar nuestra voluntad y embelesarse con la de Dios, que era su amor hacia nosotros.

Una vez establecidos durante varios momentos sucesivos en la divina voluntad, se constataba que el yugo del Señor era ligero y suave. Así, en nuestra vida cambiaba todo. Por ejemplo, las relaciones: antes íbamos con los prójimos que nos gustaban y descartábamos a los que no nos gustaban. Sin embargo, luego nos acercábamos a todos los prójimos que Dios quería que nos acercásemos y los amábamos como Él quería y nos quedábamos con ellos hasta que Él quería.

(...)

En el momento presente no se podían hacer dos cosas, había que hacer una sola, se podía hacer una sola, y nos encontrábamos con toda esta ganancia espiritual. Y cuando nos dábamos cuenta de que habíamos estado algún momento fuera de la voluntad de Dios, nosotros decíamos “fuera del rayo”, se decía “fuera del rayo”, en las tinieblas, dejando vivir al hombre viejo dentro de nosotros, el único modo de mejorarnos era ponerse de inmediato a hacer la voluntad de Dios en el momento siguiente, porque, dado que no habíamos amado a Dios antes, había que amarlo entonces.

Y así íbamos tejiendo día tras día, pero quisiera decir momento tras momento, un magnífico bordado. Los momentos en que se había vivido “fuera del rayo” eran como recuperados por la misericordia de Dios, en la que confiábamos plenamente; a nosotros nos parecían como muchos nudos en el revés de un bordado. [...] Pero ésta era sólo la visión humana de las cosas, ver los nudos. Convencidas de que la misericordia de Dios colma todo vacío y repara todo desgarró, estábamos seguras de que el bordado, al derecho, es decir, como lo veía Dios, resultaría perfecto. Porque o vivía Dios en nosotras o la misericordia colmaba los vacíos, así que el bordado era perfecto.

(Aplausos)

Y nuestra vida, nuestra vida aparecería en el cielo como una de las muchas historias maravillosas de un hijo de Dios.

En aquella época nos veíamos atraídas por lo que habíamos leído de san Francisco de Sales, que mirando al futuro, con el espíritu profético de los santos había afirmado una frase más o menos así, no la recuerdo exactamente, pero así: “Yo soy la voluntad de Dios sobre mí”. (Aplausos) ¡Qué maravilla!

(...)